



ÍCONOS. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

revistaiconos@flacso.org.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

Ecuador

Cevallos Tejada, Francisco

Una mirada al nuevo enemigo social: las pandillas juveniles

ÍCONOS. Revista de Ciencias Sociales, núm. 15, diciembre, 2002, pp. 114-122

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901512>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Una mirada al nuevo enemigo social:

las pandillas juveniles

Francisco Cevallos Tejada*

*Los expulsados, los excluidos,
los explotados, los exhibidos,
los no explicados,
los no explorados
...algo dirán!*

Pedro Guerra

La modernidad que ha tratado de ordenarlo todo en torno a la racionalidad, enfrenta sentidos y subjetividades atribuidos expiatoriamente a la juventud, a través de comportamientos que buscan *ponernos en aprietos* e irrumpir en los espacios públicos con sus fachas, estruendosos ritmos musicales, prácticas “violentas y delincuenciales”; éticas y estéticas que, consideradas molestias sociales,¹ son estereotipadas, condenadas, reprimidas, por parte de los adultos.

Los jóvenes no son la sociedad adulta en un grado inmaduro de desarrollo, sino la sociedad futura en estado de gestación y fermentación (Castellanos 1996). Si los jóvenes en general son estigmatizados, no se diga sus agrupaciones pandilleras; atribuirles todo acto delictivo violento y hasta criminal es una ecuación fáctica cuando se trata de generar la

explicación (rápida y simplista) que la sociedad requiere.

Este corto artículo cita relatos de “pandilleros”, recogidos en los últimos meses (Cerbino y Cevallos 2002); “si con ello [ojalá] somos capaces de oír lo nuevo detrás de lo conocido y asumir lo distinto detrás de lo que ya sabíamos con anterioridad” (Liberman 1994), en otras palabras, si evitamos lo obvio seremos capaces de “entender” estas situaciones o percibirlas de manera diferente.

Violencia, mundo, sociedad y medios

Las formas de estar y habitar el espacio común y los ritos que implican, suponen una imagen de los otros usuarios que, según lo afirma Aguilar (1999), al exceder unilateralmente estos espacios, se vuelven irreconocibles e imprevisibles y aparecen los ritos de negación del contacto.

Preocupa la irrupción o invasión del espacio común (público para unos, privado para otros); alarmismo social que configura negaciones: estigmatización del sujeto juvenil (no sólo del pandillero) como aquel que implanta *terror*, que necesita de soluciones *terapéuticas* (¿para qué enfermo?, habría que preguntarse); un joven actor, protagonista y generador de violencia, que responde exclusivamente a condiciones factuales, desbordes de la norma, locura.

* Investigador independiente.

1 “No son actividades delictivas ni criminales, pero sí perturban la convivencia - escuchar música a alto volumen, jugar en la calle hasta altas horas de la noche, o simplemente ‘vacilar’ en grupo o crear temores en los vecinos” (Santacruz y Concha-Eastman, 2001).

Asistimos a la búsqueda -muchas veces caótica y agresiva- de un reordenamiento de nuestros vínculos con la historia y con este mundo que habitamos y que nos habita tan conflictivamente (Liberman Ibid.); tanto hombres como mujeres jóvenes, si bien están inmersos dentro de los contextos de violencia, ello no significa que sean quienes la crean, como se afirma de manera estigmatizadora. El fenómeno de la violencia no es, ni podría serlo, inmune a los mundos juveniles; por el contrario, convive con ellos de la misma manera que lo hace en escenarios públicos y privados: familia, escuela, grupo de pares, redes de consumo e industrias culturales.

La violencia, escenificada como espectáculo mercadotécnico, se hace y se transmite públicamente a través de programas televisivos (Nateras 2001) y discursos que favorecen determinadas representaciones respecto a la violencia en general, ligados a lo juvenil, en particular. El espectáculo noticioso así como genera y (re)produce violencia, también puede generar, y lo ha hecho, estereotipos sociales: ser joven, pobre y llevar una vestimenta *sui géneris*, provocan no sólo sospecha, sino también juicios.

La efervescencia que las instituciones y, especialmente los medios “promotores y transformadores de sentidos”, causan frente a un tema, no hace más que provocar “soluciones inmediatistas que no curan el vacío, pero evitan que se agrave, [pues] la pérdida de los sentidos modernos ha hecho que se hayan globalizado instituciones dadoras de mentalidades neoconservadoras...” (Fajardo 2001).

De ahí que los medios como acto social, hagan referencia a lenguajes y miradas ampliamente difundidos y asimilados. Una característica importante de la violencia contemporánea es el intenso flujo existente entre experiencia personal y mediática (Aguilar Ibid.), ya que a través de los medios la sociedad se comunica entre sí, se juega valores, símbolos, memorias compartidas y futuros inmediatos (Cruzvillegas 1998), donde lo que está en cuestión no es tanto un mensaje o un contenido aislado, sino la cultura que lo



Gonzalo Vargas

hace posible y permite interpretarlo y asimilarlo (Aguilar Ibid.: 153).

Si bien el individuo no es un ser bajo entera influencia, manejado por la sociedad y por su propia cultura incorporada, cada persona actúa sobre sí misma y sobre las demás, con una parte de libertad y de racionalidad, en la medida de sus posibilidades (Warnier 2001); esta racionalidad se ejerce a través de prácticas sociales de orden, disciplina y control que se convierten en exclusión, marginación y discriminación; compromisos enfermizos que la sociedad asume en contra de sí misma y de lo que aspira (Cevallos y Cevallos 1999), ya que esta búsqueda de control reduce los márgenes de tolerancia hacia la heterogeneidad social, revela la tendencia al control cotidiano de espacios y actividades de ciertos grupos y el consiguiente desconocimiento de espacios ocupados por otros, de lo cual resulta la cancelación del espacio heterogéneo y, finalmente, una involución de la sociabilidad.

En nuestro contexto, una suerte de discurso esquizofrénico aduce una *conducta irregular* de adolescentes y jóvenes, para los cuales es necesario organizar comisiones de “Control y Vigilancia” y decretar “toques de queda”².

2 El menor de edad que circula “libremente” por las calles de Guayaquil a partir de las 10 de la noche es

Guayaquil, diciembre, 2001: “jóvenes organizados en extrañas ‘sectas’, pandilleros ‘asesinos’ de taxistas”; entre otros, parecerían cualquiera de los titulares que daba cuenta de la existencia del “fenómeno” de las pandillas juveniles, que no es nuevo; sin embargo, se ha convertido en el “nuevo” enemigo común; enemigo construido, en gran parte, desde la mirada estigmatizadora de los medios de comunicación y de la opinión pública (léase publicada).

De hecho, “la virtual transformación de los otros en enemigos en potencia es prácticamente legitimada y aceptada por un pensamiento social estructurado a partir de la noción de individualidad y vida privada” (Aguilar Ibid.), juego discursivo que valora la propiedad y la búsqueda incansable de la sociedad de ser propietaria de algo; “necesidades” que llevan, en muchos casos (juveniles), a la apropiación incluso violenta de los espacios públicos; quizás como único lugar del que se puede ser propietario y que brinde una adscripción identitaria; o “como un proceso de ‘conquista’ de espacios urbanos que se expresa en una lucha por la autonomía de la vida cotidiana” (Feixa 2000).

Guayaquil, mayo, 2002: “jóvenes ‘desadaptados’ desatan escándalo y alarma en la sociedad ‘normal’ ”. En el “Mall del Sol”, centro comercial al estilo Miami, espacio público y “seguro” donde priman las leyes del mercado, primaron las balas (y no necesitaron ser las 22H00); al “Sol” lo invadió la “oscuridad”. Sin desconocer el alto riesgo de estos actos, ni justificar dichos enfrentamientos, la irrupción en espacios de este tipo profundiza el clima de desconfianza social, miedos “solucionados” con “más” seguridad, control y con la restricción de las actividades cotidianas, ya que mientras sigan en sus barrios, en sus “escondites”, la violencia no importa; peor aún sus razones.

Estos roles y conductas sociales (no sólo juveniles) tan cotidianos como imperceptibles,

alteran el orden social, sobre todo el urbano, pero se encuentran marcados por distintas formas de violencia: espacios públicos y semipúblicos que a pesar de su fachada abierta, se rigen por normas particulares de acceso y uso que marcan las diferencias sociales. Asimismo y, paradójicamente, se condena la violencia y se trata de eliminarla a través de los mismos medios, es decir, “las reacciones que provocan las violencias son uniformes e indiscriminadas como las violencias mismas” (Reguillo 1999), pues “los comportamientos de inclusión y exclusión social adecuados para gobernar son cada vez más interiorizados dentro de los propios sujetos” (Negri y Hardt 2001).

Abuso, acoso, atropello, desigualdad, discriminación, imposición, inequidad, intolerancia, irrespeto, invisibilidad, represión, violencia: eso encuentran los jóvenes -varones y mujeres- en la sociedad, en la calle, en la familia, en los establecimientos de estudio, en el trabajo, en el grupo de pares, en cualquier lugar, en cualquier momento; brechas generacionales, sociales, económicas, culturales; formas permanentes de desventaja y riesgo. Si eso encuentra la juventud, su reacción no puede ser distinta, pues “la marginalidad y la exclusión son condiciones que se aprenden, se vuelven piel, se hacen conducta y ésta es una violencia mayor” (Reguillo Ibid.).

La juventud es como es, retrata con trazos fuertes a la sociedad global, la cual no siempre gusta de verse retratada (Aranguren en Feixa 2000); sabe inclinarse frente al destino, pues existe una especie de sabiduría para hacerlo³; descontento juvenil que tiene que ver con la fragmentación e inestabilidad de los mecanismos de integración tradicional (Reguillo Ibid.), los espacios sociales de ilusión y futuro (Aguilar Ibid.), o las instituciones disciplinarias como mecanismos de inclusión / exclusión (Negri Ibid.), sean éstas la familia, los partidos, los gobiernos, las instituciones públicas y privadas.

considerado contraventor y penado con reclusión (de máximo 24 horas).

3 Paráfrasis de Esquilo que usa Maffesoli (2001).

Asombros y a sombras, el proceso etnográfico

Lunes, 12h00, a la salida de un (cualquier) colegio se acercan dos jóvenes; si potencialmente son unos ‘patos’, también pueden ser ‘pacos’ encubiertos; Chrystiam y yo, en una nueva “aventura” etnográfica encontramos a cuatro jóvenes “normales” vacilando fuera de un colegio de chicas: uno con traje formal (del colegio, por supuesto); dos de ellos con “buena” ropa, bien peinados, con celular incluso; el cuarto, de camisa negra, tatuajes, melena corta, pantalones rotos.

Más allá de los respectivos (pre)juicios, ellos y nosotros buscábamos dónde conversar: “esta esquina no es nuestra” -dijeron-, “¿qué quieren saber?” -fue su siguiente pregunta-. “Saber de ustedes, qué piensan, cómo viven; otros han (hemos) hablado suficientemente por ustedes,... ya es hora de que los propios jóvenes digan lo que tengan que decir” -respondimos-.

En la conversación “confiesan”: tres de ellos pertenecían a una pandilla, dos roban autos (curiosamente, los mejor vestidos, los que levantarían menores sospechas); el cuarto, tenía su banda... de rock: sí, el de los tatuajes, lejos de organizaciones pandilleras, lejos de un aula de clase un año atrás, y muy cercano al maltrato de su padre, “yo sí tengo problemas” -dijo-. Los otros, los “pandilleros”, tenían un hogar “normal”, padre y madre, estudiaban y tenían mejores posibilidades económicas.

Esta historia no es distinta del conjunto de relatos, sólo evidencia el desconocimiento de los mundos juveniles que los discursos “autorizados” y autoritarios dicen de ellos, sea por su ‘pinta’, por su facha o, por si acaso...

Comunidades y territorios emocionales

*Y cada amigo es la familia
que escogemos entre extraños*

Rubén Blades

Ni la escuela, ni la familia provocan directamente el ingreso a las pandillas; pero tampoco han generado espacios de reconocimiento y expresión propios de la juventud, ni se han constituido en alternativas no violentas o menos peligrosas, pues la violencia no es algo que los jóvenes “descubren” al salir del hogar:

mi hermana se portaba agresiva conmigo, me pegaba, me decía que soy un estorbo, una tal una cual, me gritaba.

La sensación de inexistencia, desconocimiento y miedo es latente:

Yo, ¿a qué le tengo miedo?, a mi mamá; a mi papá sí le tengo miedo, es una bestia; tengo un padrastro, pero es como no tener a nadie...

Entre desintegración y desapego familiar:

Un amigo es más que un hermano porque te sabe comprender, te apoya en todo, te consideras más que a tu familia, te pides consejo...

La pandilla se convierte en la adscripción identitaria individual y colectiva en términos emocionales y simbólicos, que afirma su pertenencia a un lugar y a una gente: su segunda familia que, sin sustituir a la primera, se transforma en una comunidad de acogida que brinda seguridad y afirmación:

Entonces, dijo: “oye loco, tú eres de los nuestros”; dije, “¿Por?” ¿Quieres que te presente a tu familia?

Lo refleja incluso su lenguaje: ‘familia’, ‘niño’, ‘primo’, ‘brother’. Al contrario de quienes afirman que los jóvenes pandilleros y pandilleras carecen de valores personales y familiares, éstos se encuentran presentes en sus prácticas:

De mi vida, mi mamá es lo más importante; a ella le debo la vida, por ella me trajeron a este maldito mundo... Ellos se metían con tu familia o tu casa, porque eso es lo que más te duele siempre...

Riesgo, vértigo y diversión

Porque vivir era un vértigo y no una carrera
Luis Eduardo Aute

La vinculación pandillera no sólo responde a problemas familiares, lo hace también frente a las expectativas, por el atractivo que ésta despierta en ellos, ya sea por los beneficios materiales o emocionales que obtienen (Cruz y Portillo en Santacruz y Concha-Eastman 2001).

...Por lo que yo era mi necesidad tener, porque yo ya le digo, no hacía nada en la casa, mi vida no valía nada, entonces comencé a salir con mis panas, con ellos en cambio ya tuve dinero, ya comencé a tener incluso, hasta pelada...

No sólo la familia expulsa, la calle también atrae: no sólo acoge “sin problemas ni condiciones” o como “refugio” alterno al familiar, sino porque en tanto espacio público, permite la socialización -la pandilla es un espacio para ello-. Buscan y encuentran un “lugar” donde sus integrantes ponen las reglas, conversan de lo que entre su familia, en sus casas es menospreciado o no valorado. Comparten problemas similares, los aquejan males similares y los alegran horizontes comunes; su cosmovisión es parecida, sus formas de ser y estar confluyen en un espacio compartido de ideas, prácticas, pensamientos, saberes que les sirven para relacionarse con la sociedad.

El respeto, porque cuando estás en una pata la gente te conoce y te respetan; y la joda, yo siempre he dicho estar en una pata es para joder...

No sólo dejan de reconocer “prórrogas de goce”, sino que quieren todo y de inmediato; ésta “ética del instante”; esta globalización de tensiones, pobreza y anarquía provocan no sólo correr el riesgo de morir de hambre, ni siquiera de morir de amor; igual de mortal es el aburrimiento, es decir, es necesario que exista algo antes que nada. “O eres un re-cuerdo, o eres un re-loco” decía un graffiti argentino.

Lo más interesante en una pata es la joda, cagarte de la risa. Tú tenías una vida que tenías que disfrutarla, sino para quéquieres tu vida.

La violencia como proceso imaginario de identificación

El mundo de sentidos, emociones, significaciones, imaginario-simbólicos juegan un rol prominente en la acción juvenil, asimismo en su conflictividad. Es la mirada, por ejemplo, que está en el mundo de la “significancia”, como decía Barthes (1993), inicio imaginario de la conflictividad:

¿Cómo va a ser posible que esta puta venga hecha la buena a robarse la mirada de todos?...

“Dejarse ver la cara”, “dejarse ver las huevas”⁴ generan violencia ante la reducción de la palabra, por una incomprensión o por la imposibilidad de construir una mediación simbólica: entre la posibilidad de apalabrar esa mirada o no entender y explorar nuevas formas de apalabramiento.

El sentido en tanto apropiación y subjetividad que (actualmente) piensa en sí misma y no por sí misma, atrapa las relaciones de la so-

⁴ “Te ven las huevas cuando alguien, así estás conversando y viene otro *man*, te empieza a avasallar a ti y tú te quedas callado, frente a unas peladas y tienes que saberla arreglar, de chiste en chiste también se van de notas, y allí comienza el relajo, y a veces llega a un punto en que se te acaba la paciencia, y ya te llegó, te llegó, y le caes a puñetes y te dicen algo o que o qué y ¡pam!, le das de puñetes”

ciedad y las de los jóvenes, en elementos imaginario-simbólicos de identidad / alteridad que desatan la conflictividad y una dinámica de no ver y de no ser visto cobra fuerza; una noción de envidia que es señalada por Zizek (1995) en el sentido de *invidencia*, por ello es importante un *look* para evitar pasar desapercebidos; pues existimos porque el otro (amigos, pares, incluso enemigos) o lo otro, otorga existencia.

Quería sentirme diferente a los otros manes... A mí me gusta todo original, que sea Levis, zapatillas Nike... Sentirme mejor vestido que otros manes...

Presencia del Otro que re-significa nuestra presencia en el mundo (Liberman Ibid.), que hace operar lo que hacen los demás de mí y lo que hago yo con lo que los demás hicieron de mí (Sartre), y donde la otredad existe pero ya no como potencial para la realización ética, sino como valor de cambio (Lyotard).

Procesos imaginarios y subjetivos de identificación-diferenciación ligados incluso al mercado, donde “las órdenes de consumo, obligatorias para todos pero imposibles para la mayoría, se traducen en invitaciones al delito” (Galeano 1998). Las diferenciaciones sociales (re)aparecen, se materializan, se (re)afirman y profundizan cuando el mercado ya no es sólo un mercado de bienes y servicios, sino de imágenes e imaginarios de “status”, “felicidades”, “confort” y “bienestar”; de consumos y satisfactores “básicos” y “exclusivos” para jóvenes.

Esto podría explicar de alguna manera porqué alguien puede asaltar a otro *simplemente* por los zapatos; porque para quien asalta, los zapatos son el signo de su visibilización y reconocimiento como sujeto en los espacios que cotidianamente ocupa. Estas identidades conflictivas y permanentemente cuestionadas empujan a la búsqueda de modelos de identificación a través de los cuales autoafirmarse, y corren imaginarios de emulación de la marca, la ‘pinta’, y “efervescen” conflictividades de alteridad y competencia.

Cuando tú vas a la disco tú no buscas, si-no encuentras. Si las ‘manes’ te ven bien vestido, cuando estás a la moda, cuando tú bailas bien, o eres popular, eres alegre, divertido ellas te buscan...

El juego imaginario de producir la diferencia se compone de elementos característicos de las culturas juveniles como el vestuario, los tatuajes, el cabello “se han convertido en un emblema que opera como identificación entre los iguales y como diferenciación frente a los otros” (Reguillo 2000a); sin embargo, este carácter preminentemente visual que los hace reconocibles e identificables, los lleva a ser “asociados a connotaciones negativas (lo sucio, lo feo), [y] trasladados, como atributos, a sus portadores” (Aguilar Ibid.).

Jóvenes que para transformar el estigma en emblema y para hacer operar con signo contrario las calificaciones negativas que les son imputadas, se encuentran volcados en nomádicas o errantes búsquedas de identificaciones e identidades que les sirvan para ser reconocidos y reconocidas y se remiten a un uso del cuerpo como forma de politicidad⁵ desde lo cotidiano.

Atrapados en esa alteridad imaginizada, la violencia se configura entre el mito de la afirmación que se cumple con la ritualidad del enfrentamiento, ya que “es la violencia lo que les garantiza adquirir respeto, *status*, reconocimiento social y sentido de pertenencia a un grupo” o “la forma más segura de sobrevivir” (Concha-Eastman 2001).

Por una pelea tú das todo, tú sabes que en esa pelea eres tú o él, y prefiero yo, entonces es donde juegas todo; tú me estás disparando y yo te estoy disparando y ¿a quien prefieres?, ¿tú o yo?

El sentido del juego social pandillero podría relacionarse con lo que Bourdieu llama “illu-

5 Sobre el tema ver Cerbino y Cevallos (2002); Negri y Hardt (2001); Reguillo (2000a); con ciertas diferencias hablan de la noción de biopolítica, siempre basados en Foucault.



sio”, por el interés y los *envites* que provocan tales acciones; asimismo, en las relaciones humanas, más difíciles que las definiciones humanas, ya Nietzsche (1994⁶) hablaba de *la alegría maligna del daño ajeno* cuando el hombre se acostumbra a considerar a los demás hombres como sus iguales, o cuando la venganza no es más que hacer que cese el peligro como un instinto de conservación provocado por el miedo al segundo golpe.

Así también los principios de la afirmación y la demostración nacen en los intersticios de las relaciones sociales; discursos cotidianos que son (re)construidos y utilizados por las organizaciones pandilleras como solución a sus propios conflictos internos e intergrupales: la masculinidad, la hombría, la virilidad, asumidas culturalmente, se vuelven práctica social, constitutivos que incluso han repercutido en masculinizar el rol femenino.

Nuestras calles, barrios o instituciones son entornos “apropiados” para adquirir los “conocimientos” para demostrar su capacidad de administrar lo imprevisto y su incertidumbre, pues la afirmación identitaria para reconocer(se) un terreno “propio”, ganar(se) un lugar en, responder(se) porqué “me dicen qué o qué”, o demostrar(se) ser persona lo hace con viveza, respeto y valentía, únicas maneras de tener un nombre, un rol, un sitio.

En el tejido social, los ciudadanos gestan su

conducta, su sentido de ciudadanía y su relación con las instituciones por la vía de la violencia (el paro, la huelga). Esta configuración de relaciones es la que torna impracticables sentidos mínimos de “armonía” entre la institucionalidad y los diferentes actores de la sociedad.

Culpa, miedo y soledad: jóvenes en busca de otro lugar

Miedo que da miedo del miedo que da
Puedro Guerra

El círculo de violencia no inicia con la violencia callejera de las pandillas y tampoco concluye con los métodos de coerción social. “Si se castiga o se recompensa el pasado de un hombre” -decía Nietzsche - “deberíamos remontarnos más atrás y castigar o recompensar lo que fue causa de tal pasado, es decir, a los padres, a los educadores, a la sociedad misma...” (Ibid.)

No sólo la familia o la escuela son las únicas responsables de la violencia juvenil, tampoco lo es la calle ya que es un espacio de socialización. Así, los relatos de ex pandilleros demuestran que sus diferentes entornos como el barrio, la discoteca, entre otros, siguen siendo escenarios de conflictividad, donde la desvinculación de ellos con respecto a una organización pandillera no ha provocado mayores cambios en sus entornos cotidianos.

Ante una realidad donde caen muros y torres; ante una realidad de frío en el clima y en la esperanza, la diversión, el licor, la droga, entre otras, se muestran como alternativas para el escape⁷ hacia otros lugares, para reducir los miedos, las penas y la soledad.

...eso niño, se sacaba así los temores, y uno se sentía diferente y sociable... para pasar bien yo no me drogaba...

6 El viajero y su sombra (2da. Parte de Humano, demasiado humano) texto original escrito entre 1879 y 1880.

7 Acerca del escapismo, ver Nomadismo Juvenil (2000) y otros textos de M. Maffesoli.

Soledad, sea por la exclusión o autoexclusión de los espacios sociales; por la reducción del espacio común hasta el ámbito privado -mediatizado especialmente por las industrias culturales e incluso por la economía; o soledad que causada por los "ritos de negación del contacto" o por la "imposibilidad de habitar la otredad", provoca sentidos de vacío y aislamiento; soledad que Fajardo (2001) caracteriza no como la soledad rilkeana generadora de creatividad, sino la soledad aburrida, abrumadora, que provoca desgastante, anuladora, del hombre del rincón, solitario pero globalizado.

Miedo... a la soledad. Yo tengo pavor a estar solo. Yo, a veces, me deprimo porque me siento solo.

De la soledad a la emoción; de la muerte como incertidumbre y riesgo, al inmediatismo y la ausencia de futuro; la configuración de las subjetividades juveniles transita entre no solo el riesgo de morir de hambre, o de amor... sino de aburrimiento, pues "ante una vida sin emoción, no se puede perdonar una muerte sin emoción", ya que "la muerte tiene el extraño poder de suscitar el frenesí de la vida" (Maffesoli 2000). "Si de nada sirve vivir, buscas algo porqué morir", dice Fito Páez en una de sus canciones.

Vivir como venga y morir de una. La vida y la muerte en los jóvenes forman parte de sus entornos cotidianos; "el infierno es lo que vivimos aquí...". No habla sólo del "infierno son los otros" que promulgaba Sartre, sino del "infierno artificial en sí mismo" como diría Fajardo.

Jóvenes: emergentes, pero invisibles

Según Reguillo (2000b), existe una tendencia fuerte a (con)fundir el escenario situacional con las representaciones profundas de los jóvenes o, peor aún, establecer una relación mecánica entre prácticas sociales y universos simbólicos. Solamente al entender los sentidos, razones y valoraciones que para la juventud

tienen las pandillas, se provocaría en la mirada adulta, en la mirada social estigmatizadora, en la mirada institucional y programática la búsqueda de soluciones referidas a las causas estructurales (muchas de ellas de tipo emocional, no sólo como vehículo sino como constructor de realidades) más que a los problemas manifiestos.

La violencia juvenil no podrá ser solucionada con respuestas fáciles -léase inmediatas ni de corto plazo-, ni tampoco en la medida en que social y culturalmente se alteren patrones propios (personales y colectivos) de conducta ética y estética: desde el discurso duro, viril y autoritario, a las medidas represivas, reeducativas, rehabilitadoras, reformadoras.

Si no alteramos los entornos sociales cotidianos en los cuales los jóvenes varones y mujeres se "desarrollan", cualquier política de juventud y menos aún en relación con la violencia, tendrá resultados efectivos. Es decir que es imprescindible superar la pobreza, la marginalidad, y la exclusión -imaginarias o simbólicas, pero igualmente reales.

Se propugna como hipótesis que la emergencia de la juventud como sujeto social se expresa en un proceso de redefinición de la ciudad en el espacio y en el tiempo (Feixa 2000). Esta emergencia de los jóvenes como actores y actoras sociales, como ciudadanos y ciudadanas, merece otro saber, uno que parte de la existencia de una(s) juventud(es) distinta(s) a "la definida", al estereotipo, que afirme la riqueza de sus interacciones y sus búsquedas; que unas juventudes *rechazadas*⁸ social –como lo son las pandilleras-, se integren como actores.

Paradójicamente, la situación juvenil entraña y extraña esperanzas y futuros. La juventud exige actoría en lo político, en lo público, en lo privado y en lo íntimo; reclama airosoamente los espacios que le pertenecen. "Generación del suspense" entre la autopista de la información y el estadio de la pobreza; interactivos y desconectados, hoy por hoy, se enfrentan a la composición de sus prácticas cotidianas de vida llenas de complejidad, pero a su vez y quizás en mayor proporción, llenas de vida (Cevallos y Cevallos 1999).

Por ello, es posible desarrollar respuestas efectivas si contribuimos a generar las condiciones para que la sociedad y la juventud tengan espacios de palabra y expresión; de circulación de ideas; de reflexividad sobre los sentidos de la vida; de mediación simbólica de su conflictividad, si fuera del caso.

Como lo diría Pérez (1996), solamente si se relievan las relaciones del joven con la ciudad en cuanto objeto cultural de consumo y sus experiencias de apropiación de los lugares públicos es posible entenderlo como actor social. De hecho, el reconocimiento juvenil en lo público, otorgará -a la conflictividad- más luces que sombras y ocultamientos.

Bibliografía

- Aguilar, M., 1999, "Violencia urbana y espacio público", en Leonela Cucurella (comp.), *El otro saber. Psicología social, psicoanálisis y cultura*, Quito: Abya Yala.
- Barthes, R., 1993, *La aventura semiológica*. Madrid: Paidós.
- Castellanos, C., 1996, "Introducción" en *De calles, parches, galladas y escuelas: transformaciones en los procesos de socialización de los jóvenes de hoy*.
- Cerbino, M. y F. Cevallos, 2002, "Imágenes e imaginarios de la conflictividad juvenil y sus organizaciones pandilleras" en *Diagnóstico de la problemática de los niños y adolescentes de 6 a 18 años en situación de riesgo y de los programas existentes*, Quito: FLACSO-Programa Nuestros Niños del MBS (en prensa).
- Cevallos, F. y C. Cevallos, 1999, *Sin Costo Alguno*, Quito: Foro Nacional de la Juventud.
- Cruzvillegas, E., 1998, "Los jóvenes y la televisión en México ¿en qué creen los jóvenes?", en Leonela Cucurella (comp.), *Códigos Subterráneos. Comunicación y vida cotidiana*, Quito: Abya Yala.
- Fajardo, C., 2001, *Estética y posmodernidad*, Quito: Abya Yala.
- Feixa, C., 2000, "Los espacios y los tiempos de las culturas juveniles", en Gabriel Medina (comp.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, México: Colegio de México.
- Galeano, E., 1998, *Patas Arriba. La escuela del mundo al revés*. México: Siglo XXI.
- Liberman, A., 1994, *La nostalgia del padre. Un ensayo sobre el derrumbe de la certeza paterna*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.
- Maffesoli, M., 2001, "Nomadismo Juvenil", en *Nómadas 13*. Departamento de Investigaciones, Bogotá: Fundación Universidad Central.
- _____ 2001, *El instante eterno*, Buenos Aires: Paidós.
- Nateras, Domínguez, A., 2001, "De cuerpos urbanos violentados", en *Jóvenes 8*, México: Centro de Investigaciones y Estudios sobre Juventud.
- Negri, A. y M. Hardt, 2001, *Imperio*, Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Nietzsche, F., 1994, *El viajero y su sombra*, Barcelona: Edicomunicación.
- Pérez, D. y Mejía, M., 1996, "De calles, parches, galladas y escuelas: transformaciones en los procesos de socialización de los jóvenes de hoy".
- Reguillo R., 1999, "Violencias expandidas. Jóvenes y discurso social", en *JovenEs*, No. 8, México: Centro de Investigaciones y Estudios sobre Juventud.
- _____ (2000a) "Emergencia de culturas juveniles", Bogotá: Norma.
- _____ (2000b) "Las culturas juveniles: un campo de estudio. Breve agenda para la discusión", en Gabriel Medina, compilador, *Aproximaciones a la Diversidad Juvenil*. México: Colegio de México.
- Santacruz, M. L., y A. Concha-Eastman, 2001, *Barrio adentro, la solidaridad violenta de las pandillas*, San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas- OPS.
- Warnier, J. P., 2001, *La mundialización de la cultura*, Quito: Abya Yala.
- Zizek, S., 1995, "La violencia entre ficción y fantasma: hacia una teoría lacaniana de la ideología". Francia: Conferencia pronunciada en la Sección Clínica de Lille.